

## *No le temo a mi deseo. Lo que aprendí de las bestias, de Albertina Carri*

Soledad Castro Lazaroff



En el campo cultural argentino, los cruces entre literatura y cine son múltiples y se han potenciado a lo largo del tiempo. Más allá de Borges, Cortázar, Bioy Casares y otros escritores clásicos que fueron adaptados en varias oportunidades durante el siglo XX, a partir del 2000 el fenómeno se ha multiplicado de manera exponencial. En la actualidad del país vecino, podemos pensar la literatura de los autores contemporáneos —que está pasando por un muy buen momento, con una amplia variedad de títulos premiados en todo el mundo— como la mayor proveedora de las historias latinoamericanas que entran en el universo audiovisual para ser consumidas en grandes y pequeñas pantallas.<sup>1</sup> La popularidad de las plataformas de *streaming* ha generado una necesidad enorme de proyectos, y las casas productoras de todos los países de habla hispana aprovechan esa efervescencia para adquirir los derechos de las y los escritores de interés. Así, se han estrenado o están en proceso de adaptación películas y series basadas en el trabajo de Pedro Mairal, Samanta Schweblin, Camila Sosa Villada, Claudia Piñeiro, Gabriela Cabezón Cámara, Selva Almada, Guillermo Saccomano y Mariana Enríquez, entre muchos otros. Tal vez resulte loable mencionar también, en el marco del centenario del escritor Antonio Di Benedetto (1922-1986), la adaptación de su novela *Zama*, realizada por Lucrecia Martel en 2017.

Pero el caso de Albertina Carri (1973) es exactamente opuesto: se trata de una directora y guionista de cine que ha publicado a fines de 2021 la novela *Lo que aprendí de las bestias*, su primera incursión en la literatura como lenguaje expresivo autónomo, más allá de la publicación en 2007 de *Los rubios: cartografía de una película*, texto ensayístico en el que narra el proceso de creación, filmación y recepción crítica de su documental *Los rubios* (2003), coescrito con Alan Pauls. En *Los rubios*, Carri trabaja de un modo no convencional la historia de sus padres Roberto Carri y Ana María Caruso, detenidos desaparecidos en la última dictadura cívico-militar argentina, poniendo en juego la dificultad de construir una memoria que represente a su generación y negándose deliberadamente a asociar a su familia con una épica de la que no se siente parte. En ese sentido, podemos pensar a Carri dentro de lo que Elsa Drucaroff llama, en su libro *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes de la postdictadura*, una exponente cinematográfica de las nuevas estéticas que se apoderaron de la poesía y la narrativa argentinas:<sup>2</sup>

...en amplios grupos de jóvenes formados en la posdictadura surgió una resistencia cultural espontánea contra el menemismo (...), apareció un incipiente pero promisorio cine argentino que no eludía la política y la realidad social pero la trataba con estéticas completamente diferentes de las del cine anterior, (...) en literatura, un movimiento vivo y dinámico (...) refleja algunos proble-

1 Para una descripción más completa del fenómeno, leer el siguiente artículo de Fabiana Scherer publicado en *La Nación*: <https://www.lanacion.com.ar/la-nacion-revista/como-la-literatura-argentina-se-convirtio-en-la-gran-usina-para-series-y-peliculas-en-streaming-nid12032022/>

2 Drucaroff se refiere a escritores como Pablo Ramos, Félix Bruzzone, Mariana Eva Pérez, Alejandra Zina, Lucía Puenzo, Ana María Shua, Ignacio Apolo, Patricia Suárez, entre otros.

mas literarios, ideologías, imaginarios inconscientes y conflictos hasta ahora irresueltos que laten en nuestra tierra y que la literatura condensa más allá de la voluntad individual de los escritores.<sup>3</sup>

Como buena exponente de la llamada *generación de los hijos*, en la obra de Albertina Carri son temas casi omnipresentes el peso de la orfandad y la urgencia de generar una lectura crítica acerca de la generación de sus padres, sin por eso abandonar el reclamo de memoria, verdad y justicia. Su documental *Cuaterros* (2017), basado en la reedición de materiales de archivo, se centra en la figura de Roberto Carri, uno de los intelectuales más destacados de su generación, y analiza con nostalgia e ironía las ideas de su libro *Isidro Velázquez: formas prerrevolucionarias de la violencia* (1968). Pero si en su cine *manchas temáticas*<sup>4</sup> como el viaje, el cuerpo o la imposibilidad en la construcción de la identidad se basan en su propia vida, referenciando de modo permanente el mundo histórico —incluso para jugar con él y tironear de la concepción clásica de representación— *Lo que aprendí de las bestias* viene a proponer una tonalidad nueva, que evidencia que la artista se ha permitido explorar otras posibilidades en el uso de la palabra. En su novela, Carri continúa trabajando desde el yo, pero realiza un desplazamiento concreto hacia lo ficcional, ya que la narradora no es hija de desaparecidos, sino que presencia, a los cuatro años, junto a su hermana de nueve, cómo los militares asesinan a sus padres a sangre fría; además, no tiene hijos (Carri tiene dos hermanas y un hijo llamado Furio, a quien dedica el libro). Sin embargo, la anécdota no deja de ser muy parecida a la de la autora, y es por eso que la frontera entre realidad y ficción continúa siendo uno de sus ejes principales, obligando al lector —sobre todo al que conoce su cine— a dudar de las afirmaciones y establecer un pacto de verosimilitud que gana riqueza al tambalear permanentemente. Pero si el tono de la escritura en las películas de Albertina —que siempre tuvo mucha presencia gracias al trabajo continuo con la *voice over*— es, sobre todo, lírico y sugerente, aquí la ausencia de imágenes obliga a Carri a animarse a la acción, enhebrando las temporalidades diversas de la vida en una especie de rompecabezas que une la infancia, la adolescencia y la juventud para sumergirlas en una oscuridad casi total, que solo se interrumpe por las súbitas apariciones del deseo, impulso vital que se despliega en toda su obscena amoralidad.

El título de la novela refiere a ese carácter animal que recorre las páginas y es, al mismo tiempo, condena y supervivencia:

En los clavos superiores, por encima de los instrumentos de uso diario (...) encontré las manecas. Sabía que se usaban para trabar las patas de los caballos, pero igual me las ataba al cuello y al cuello del perro a la vez. Andábamos así en cuatro patas por todos lados, como una araña de dos cabezas (p. 55).

Gran parte de la historia transcurre en el campo, con la narradora en manos de una familia adoptiva a la que llama «el polo tóxico» y que marca sus posibilidades de establecer vínculos con una propensión fóbica propia de una personalidad que ha sido quebrada de manera muy temprana. El abuso, la violencia y la ausencia no se definen por hechos puntuales, que se suceden en puntos claros de la acción dramática; son líneas que encuentran una continuidad subjetiva en el estilo, en la forma tan particular que encuentra el personaje para procesar los hechos, en la hilación de las digresiones y en la descripción de los encuentros sexuales, siempre signados por un erotismo sin velos, en el que el cuerpo es territorio descarnado que se despoja de la cultura para desplegarse con honestidad brutal:

—Qué linda nena. ¿Cuántos años tenés? No sé si contesté. —Qué chiquita que sos... ¿A ver cuánto pesa esa nena? (...) Supe cuando vi su mano enorme apoyarse sobre la manija helada que una pesadilla estaba a punto de suceder. Acabé en su mano. Tenía once años (p. 9).

Incorrecta, narcisista, obsesiva y feroz, la narradora de *Lo que aprendí de las bestias* no despierta en quien lee una empatía superficial, sino que desafía las concepciones sociales de lo que se considera aceptable y triunfa en la propuesta de un desafío literario en el que la estética se desprende de toda ética. Al final, la aparición de las sobrinas, quienes pertenecen a otra generación y recorren sus propios caminos vitales, con sus luchas

3 *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura*, de Elsa Drucaroff. Buenos Aires, Emecé, 2011, 530 páginas.

4 Tipología propuesta por David Viñas y recuperada en Drucaroff, 2011, entendiendo por *manchas temáticas* a espacios semánticos delimitados que poseen una horizontalidad, contigüidad e irradiación que salpican a diferentes textos.

## [reseña]

profundas pero un dolor evolucionado, que no ha sufrido la huella terrible de la orfandad, delinea un futuro posible. Pero a pesar de ese amor —tal vez el más puro de la novela— en un alma rota no hay espacio para mucho más: una ciudad que explota, el sinsentido de la vida, el bendito placer.

Albertina Carri. *Lo que aprendí de las bestias*. (2021). Buenos Aires: Literatura Random House. 217 páginas.